

Un cielo

en tu imaginación

Andrea Guerrero



P R O Y E C T O

Almendra

[Un cielo en tu imaginación]

Andrea Guerero



Primera edición, 2013

No puede reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación, o transmitirse en forma alguna por medio de cualquier procedimiento, sea este mecánico, electrónico, de fotocopia, grabación o cualquier otro que no se haya descubierto aún, sin el previo permiso del autor o del editor.

Derechos reservados © 2013 respecto de la primera edición de *Un cielo en tu imaginación* de Andrea Guerrero

Proyecto Almendra es un Proyecto INFOCAB PB402313 que tiene como finalidad publicar la ópera prima de estudiantes del Colegio de Ciencias y Humanidades.

Proyecto Almendra

Colegio de Ciencias y Humanidades Plantel Naucalpan

Calzada de los Remedios, núm. 10,

Colonia Los Remedios.

Naucalpan, Edo. de México. C.P. 53400

proyecto.almendra@gmail.com

facebook/editorialalmendra

Impreso en México *Printed in Mexico*



Esta publicación es realizada gracias al apoyo de la
Dirección General de Asuntos del Personal Académico de
la UNAM (DGAPA), a través del programa INFOCAB en
su emisión 2013.

Un cielo en tu imaginación

¡Hola de nuevo! Espero sepas quién te habla. Soy quizá una amiga a la que sueles recurrir con frecuencia, una conocida a la que pocas veces llamas. ¿Aún no lo sabes? Bueno, soy tu imaginación; aquella que es capaz de crear escenarios agradables, a las que llamas ilusiones. Y capaz de crear escenarios terribles, que reciben el nombre de pesadillas.

Sin embargo, el día de hoy te ofrezco otro panorama, pero necesito tu completa atención; necesito que pongas tu corazón en mis palabras y realmente sientas lo que quiero transmitirte... ¿Listo? Bien, comencemos.

Imagina una casa en una ciudad, la dejo a tu elección, una casa grande, muy grande, de un color azul pálido, con un portón negro y enorme. Esta casa tiene dos ventanales en el piso de arriba, tras estos ventanales, se encuentra una habitación, una habitación con paredes color verde claro. En ella, imagina, sentado en una cama amplia, a un chico de aproximadamente 16 años. Imagínalo, de cabello café oscuro, piel clara, bastante clara; ojos... ¿recuerdas el color del cielo en el mes de abril? Tan cálido y hermoso... bueno, de ese color tiene los ojos nuestro personaje. También tiene unos labios pequeños y dulces, de un color rosado muy suave. Su nariz recta, pequeña y perfecta.



Lo llamaré Jeremy, un nombre sencillo y hermoso. Si, lo sé, si eres mujer, pensarás en que sería una fortuna conocer a un chico tan atractivo; aunque, si eres hombre, seguramente sentirás una pizca de celos, o quizá, te sientas un tanto identificado con Jeremy.

Ahora bien, ya que tenemos el personaje y el lugar, imagina que Jeremy tiene una guitarra acústica en las manos, que está tocando la canción que a ti más te gusta. Excelente ¿no?, Todo te parece perfecto, él sería un gran amigo tuyo... o quizá, tu novio. Bien, me tienes a mí, imagina lo que quieras, pero más tarde; ya que ahora, escucharás e imaginarás sólo lo que yo te pida.

Jeremy gira el rostro hacia la ventana y sonríe, dejando entrever esa dentadura blanca, brillante. Cierra los ojos y vuelve a tocar aquella melodía que le gusta. Esa canción le recuerda cosas, cosas que ya ha vivido y cosas que espera vivir. Vamos a ver.

-Jeremy, baja un momento.- Le gritó su madre desde el piso de abajo.

Jeremy dejó la guitarra reposando en su cama y salió de su recámara, para dirigirse al lugar en donde se encontraba su madre. Imagina ahora, a una mujer alta, de cabello negro como la madera del ébano, ojos grandes y oscuros y una sonrisa

muy sincera. ¿Ya? Bien, ella será la madre de Jeremy.

-¿Ocurre algo, mamá?- Cuestionó Jeremy, una vez que llegó a la cocina con su madre.

-Voy a salir Jeremy. Cuida la casa y no hagas nada de lo que no quiera enterarme, ¿está bien?- Lo miró con cariño.

Jeremy se limita a asentir con la cabeza. Su madre le sonrió, le dio un beso en la frente y salió de la casa.

Enseguida se dibujó una sonrisa macabra en los labios de Jeremy.

Corrió al teléfono y marcó el número que ya se sabía de memoria.

Ahora, imaginemos a una chica de cabello rojo como el fuego, delgada y con unas cuantas pecas en el rostro. Una mujer bastante hermosa, de ojos verdes y labios igual de chicos que los de Jeremy. ¿Ya la tienes? Bien, pongámosle Jatziri. Es una de las perdiciones de nuestro Jeremy.

-¿Jeremy?- Cuestionó Jatziri una vez contestó el teléfono.

-Si, soy yo. Ven a mi casa, ¿de acuerdo? La pasaremos de maravilla.- Respondió Jeremy cortante.



-¿Ahorita? Jeremy, tengo muchísima tarea. Lo lamento, no puedo.- Dijo Jatziri y acto seguido, colgó.

Jeremy hizo una mueca y marcó otro número.

Ahora piensa en una chica de cabello castaño, ojos igual de cafés y nariz pequeña. Una chica bastante tierna e inocente. ¿Qué les parece si a ella le ponemos Sayuri? Ella será otra de las perdiciones de Jeremy.

-¿Bueno?- Dijo la chica al contestar el teléfono.

-Hola, Sayuri, ¿quieres venir a mi casa?- Cuestionó con amabilidad nuestro amigo.

-Por supuesto, ¿voy ahorita o mañana?- Jeremy sonrió triunfante.

-Ahorita mismo. Te espera una sorpresa agradable.- Jeremy escuchó la risita de Sayuri y colgó.

Era hora de preparar todo. Subió a su cuarto y bajó la guitarra. Enseguida, ordenó la sala en unos pocos minutos y después preparó unos sándwiches de jamón.

-Será fantástico.- Se repetía a sí mismo. -Una fantasía teatral.

Media hora después, cuando el ocaso daba inicio, se oyó el timbre. Jeremy no se detuvo para cuestionarse quién era y abrió la puerta enseguida. Se trataba, como era de esperarse, de Sayuri.

-Hola Jeremy.- Saludó la chica sonriéndole.

-Hola Sayuri.- Respondió éste, depositando un beso en su mejilla. Sayuri se sonrojó un poco. – Pasa por favor.- Jeremy se hizo a un lado, para darle el suficiente espacio para entrar. -Tengo sándwiches, ¿quieres uno?

-¿No hay nadie en casa?- Preguntó Sayuri, una vez notando el silencio que reinaba. Jeremy negó con la cabeza. –Ah, en tal caso, creo que será mejor que me retire, Jeremy. No es adecuado estar aquí a solas contigo.- Se disculpó ella y salió de la casa.

Jeremy se desesperó, tomó la guitarra entre sus manos y comenzó a hacerla sonar con brusquedad. No entendía cómo, siendo tan atractivo y cariñoso, podía ser rechazado por dos mujeres en un mismo día.

Él sólo tenía ganas de charlar con una mujer que no fuera su madre. Aunque, claro, como siempre, las chicas lo creían un perverso. Sólo por el hecho de ser guapo.



¡Qué equivocada sociedad tenemos! Jeremy realmente quería compañía femenina. Realmente buscaba alguien con quien charlar. Alguien que no lo creyera ridículo y que no mirara sus ojos, sino sus sentimientos, sus emociones, sus deseos.

Aunque suene extraño, nadie buscaba su amistad. Las mujeres siempre habían creído que no tenía otro tema de interés que no fuera el sexo.

Sólo había un tipo de mujeres que lo seguía. Si te haz topado con aquellas chicas materialistas a las que únicamente les importa el cabello o el maquillaje, ¿no? Mujeres que conocen al amor de su vida cada mes y medio. Esas mujeres que se la viven pegadas al celular o al internet. Charlando con sus amigas y pretendientes. Aquellas que se hacen llamar feas, sólo con el pretexto de escuchar, de los labios de los demás, que realmente son encantadoramente hermosas. Bien, esas mujeres eran las únicas que le dirigían, o querían dirigirle, la palabra al pobre Jeremy.

No sé qué habrá sido, si su frustración o esa melodía que tanto tocaba, pero Jeremy tuvo, aquella tarde, el sueño más hermoso de su vida. Ahora, vio a una chica de cabello oscuro, al igual que el de su madre, ojos oscuros, profundamente oscuros y una sonrisa enigmática. Pero bastante atractiva. Ella llevaba puesto un vestido floreado a la rodilla, un

vestido azul. Se veía, más que sexy, más que bonita, ella se veía divina. Parecía un ángel. En su sueño, Jeremy se encontraba en un parque infantil, observando únicamente a esa chica, cuando había miles de mujeres a su alrededor. Pero es que no, nadie brillaba tanto como aquélla. Nadie podía compararse con aquella mujer, con aquel ser divino. Y justo cuando él se había dispuesto a acercársele y hablarle, la chica volteó a mirarlo, y en ese momento, cuando sus ojos se encontraron, sintió una extraña conexión. Como si toda su vida hubiese esperado aquella mirada, aquella sonrisa, aquella mujer. Jeremy se había enamorado. ¡Fantástico!, ¿no crees? El único, pero terrible problema, era que se había enamorado, literalmente, de la chica de sus sueños.

Cuando despertó, escuchó pasos en las escaleras. Sin embargo, todas las luces estaban apagadas. Seguramente ya eran más de las 11 de la noche y su madre ya habría llegado.

Jeremy suspiró, se levantó del sillón, ocasionándole un terrible dolor muscular en la espalda y se subió a su recámara a dormir como se debe, teniendo la esperanza, de volver a ver a esa hermosa chica de nuevo.

Al día siguiente, Jeremy se levantó de su cama, a las 5:17 de la mañana, para irse a duchar. Este día sería especial.



¿Puedes imaginar lo que sentiría Jeremy? Una chica nueva que él sabía que era distinta. ¿Cómo lo sabía? No, no hay respuesta para dicha pregunta, Jeremy sólo lo sabía. Una chica distinta, de una belleza sorprendentemente y muy amable. Realmente era la chica que siempre quiso conocer. Aunque, ahora que la había conocido, que sabía cómo era ella, no se detendría hasta encontrar a aquella mujer. A aquel ángel. Sí, seguramente, tú harías lo mismo, perseguirías tu sueño hasta tenerlo en tus brazos, hasta poder abrazarlo y decir con firmeza: lo logré. ¡Ay, pero qué hermoso sueño!

Al llegar a la escuela, dos minutos antes de que dieran las 7, Jeremy se fue a su respectivo salón de clase y se sentó en la banca de siempre. Justo dos bancas antes de la que se encuentra frente al pizarrón. Sacó su celular, buscó su álbum favorito de cualquier banda en el reproductor y comenzó a escucharlo. Jeremy se sumergió en la música, admirando cada sonido... él amaba la música, como casi cualquier adolescente de su edad.

Se sumergió tanto que no notó cuando una joven se sentó a su lado y abrió un libro. No fue hasta que a dicha chica se le cayó un cuaderno al suelo, Jeremy giró el rostro y se quedó impactado. La chica se agachó, sin inmutarse de la mirada de Jeremy y recogió la libreta.

Aquella chica era ella. Jeremy abrió la boca para decir algo, pero en ese preciso instante, llegó el profesor a interrumpir los pensamientos de aquel joven.

La clase trató de Newton y su primera ley. Pero a Jeremy sólo le importaba una cosa en ese momento: había encontrado a la chica de su sueño, aunque no la había buscado. Para él era el destino quien había puesto en su camino a aquella mujer, avisándole, desde un sueño que ella era la indicada. Aquella hermosa mujer que tomaba apuntes desde la banca de al lado era su sueño. Y Jeremy estaba completamente seguro de ello.

-Nos vemos la siguiente clase muchachos. No olviden la tarea.- Dijo el profesor antes de que todos comenzaran a salir del salón.

Jeremy se levantó enseguida y se plantó frente a aquella mujer. Ella alzó los ojos y lo miró confundida.

-Hola.- Saludó cortésmente Jeremy.

-¿Te conozco?- Preguntó la chica.

-No lo sé, ¿no has soñado conmigo?- La muchacha lo miró como si él estuviera loco de remate.



-No, por supuesto que no. No te conozco.-
Respondió ella levantándose y colgándose la mochila en el hombro.

Jeremy se sintió terriblemente mal, ya que ese no había sido un buen inicio.

-Tienes razón, es una tontería.- Jeremy sonrió, tratando de arreglar lo que había hecho.

-Si, una gran tontería.- Asintió con la cabeza, un poco más cómoda. -Te veo después, ¿está bien?-
Le sonrió.

-Pero dime tu nombre.- Rogó Jeremy, un tanto desesperado.

La muchacha lo miró confundida, exactamente como lo había mirado en el sueño de nuestro amigo.

-Soy Cielo. Ese es mi nombre.- Cielo asintió con la cabeza de manera de despedida y se dispuso a salir del salón, pero Jeremy la tomó del brazo, para impedirlo.

-Soy Jeremy. Mucho gusto en conocerte, Cielo.- Sus ojos brillaban aún más, ya que conocía el nombre de la enigmática chica.

-El gusto es mío Jeremy.- Contestó Cielo y al fin Jeremy la soltó.

Jeremy fue a todas sus clases ahora con un ánimo distinto. Sayuri y Jatziri se acercaron a él ofreciéndole una disculpa por su comportamiento del día anterior. Jeremy las aceptó, pero ciertamente ninguna de ellas le parecía ahora bonita o simpática; sin embargo, no por eso les dejaría de hablar.

Al llegar a casa, su madre ya lo esperaba con la comida en la mesa. Ciertamente, tenía una grata relación con su madre, aunque nunca le hablaba de chicas o de amor, ya que sentía que ella se molestaría sólo con el hecho de escuchar la palabra: pareja. Su madre estaba divorciada de su padre y sentía que no podía existir dicho amor de pareja, ya que ella no lo había vivido.

-¿Cómo te fue, Jerry?- Le preguntó su madre mientras comían.

-Excelente, madre.- Jeremy se moría de ganas de contarle lo sucedido con Cielo, pero temía su respuesta.

-¿Ocurre algo, hijo?- Su madre se notaba preocupada.

-Nada, madre, nada.- Mintió el muchacho de ojos azules.

Su madre alzó los hombros con indiferencia y siguió comiendo.



Jeremy hizo lo mismo, aunque realmente sentía el estómago lleno. Estaban revoloteando millones de mariposas dentro de él. Así que, ¿cómo podría tener hambre?

Ahora bien, continuemos con esta pequeña historia creada en tu mente. Jeremy se sentía muy feliz, demasiado para recostarse a dormir un par de horas, como usualmente lo hacía después de comer. Así que abrió su mochila, sacó su cuaderno de física y comenzó a hacer la tarea, a pesar de que esa tarea era para dos días después. Comenzaba a odiar su horario.

Terminó la tarea en un santiamén, ahora se sentía ansioso, quería salir y buscar a la chica por todos lados. Quería saber en dónde vivía, cuál era su número telefónico y saber qué era lo que le parecía tan atractivo de ella.

Dos días después, cuando Jeremy se encontraba esperando a Cielo, con la guitarra en mano, trataba de recordar la letra de aquella canción. Cielo entró al salón, con una falda azul turquesa y una sudadera blanca. Se veía deslumbrante.

Jeremy le sonrió emocionado, mientras que ella se quitó los audífonos y se sentó en el mismo lugar de la clase pasada, sin siquiera mirar a Jeremy.

Él tragó saliva y puso la guitarra en sus piernas, para después, comenzar a tocarla.

La muchacha volteó a verlo y le sonrió. Él le devolvió la sonrisa, pero enseguida volvió a olvidar la letra de la canción, así que se conformó con mantener la atención de su querida, tocando sólo la guitarra.

Lo logró. Cielo le sonreía cada vez más, hasta que llegó su profesor y con una sola mirada, obligó a Jeremy a bajar la guitarra.

La clase siguió su curso, mientras Jeremy se encontraba en una lucha interna: dejar de mirar el perfecto perfil de Cielo o tomar apuntes de la clase. Eligió la segunda, ya que no quería impresionar a Cielo únicamente con sus habilidades en la guitarra. Quería demostrarle que también como estudiante era brillante.

La clase terminó y Cielo se levantó antes de que Jeremy pudiera impedirselo.

-Tocas bien, Jeremy.- Lo felicitó Cielo, mientras se sacudía las manos un poco para quitar el rastro de la tinta.

-Muchas gracias, Cielo.- Sonrió y la chica le demostró una muy tímida sonrisa.

-Te veo después, supongo.- Se despidió ella y Jeremy se acercó más a ella.

-Dime tu horario.



-¿Perdón?

-Dame tu horario.

-¿Para qué?- Cuestionó mientras reía un poco.

-Para ir a verte.- Cielo negó con la cabeza.

-Lo lamento, pero no te conozco y yo no puedo...

-Podremos conocernos... por favor.- Sonó tan suplicante, que Cielo soltó otra pequeña risilla.

-Soy nueva en el instituto, ¿y no me has preguntado nada al respecto?, ¿quién eres?- Interrogó confundida.

Jeremy sonrió un poco desesperado. Siempre había podido hablar con cualquier chica, pero... es que ella era tan... indescriptible sería la palabra perfecta para describirla. Una chica tan poderosamente fuerte, tierna, educada y segura de sí misma.

-Soy Jeremy Téllez Miranda, estudiante de bachillerato, esforzándose por llegar a ser un gran artista y que está mirando a la mujer más bella que nunca sus ojos han podido ver, y está diciéndole que se ha enamorado de ella desde aquella tarde en que soñó con ella. Pidiéndole una sonrisa, una mirada, una magnífica amistad y sobre todo... una oportunidad para conquistarla. Para conquistarte, Cielo.

La muchacha lo miró halagada, pero sin saber qué responderle. Se agarró los dedos y comenzó a moverlos nerviosamente, mientras mordía su labio inferior.

Aquellos actos estaban matando a Jeremy, ya que él deseaba hacerla feliz a toda costa, mas no quería provocarle esos nervios. Ahora, se sentía culpable.

-Lo lamento, yo... no debí decir eso...- Se disculpó Jeremy y se acercó para besar tiernamente su mejilla. -Que tengas un hermoso día.- Se separó de ella y se dirigió a la puerta del salón.

-Jeremy...- Llamó Cielo, suplicante. -Gracias... por todo.

Ahora, Jeremy se sentía como un fracasado. La primera impresión fue terrible, pero la segunda impresión fue un completo desastre. Había declarado su amor, sí, pero gracias a eso, había quedado como un tonto frente a la chica de su sueño.

Al llegar a esta, una chica que él ya había visto con anterioridad, se acercó a él.

¿Que cómo era esa chica? Bien, ahora piensa en una chica de cabello claro, esponjado y a la altura de los hombros. Esta chica usa anteojos y tiene la nariz chica y un poco puntiaguda.



Era una chica bonita, pero su cabello le quitaba cierto atractivo. ¿Ya puedes imaginártela? De acuerdo, ella se llamará Harumi.

-Hola, Harumi.- La saludó Jeremy.

-Jeremy, necesito los apuntes de la clase pasada.-
Dijo con rapidez su compañera.

Jeremy la miró extrañado, ella pocas veces le había dirigido la palabra.

-Claro.- Jeremy abrió su mochila y sacó su cuaderno de historia. Le sonrió a Harumi y extendió el brazo para que ella pudiera tomarlo.
-Aquí tienes.

-Muchas gracias.- Contestó esta y corrió a su lugar con el cuaderno en manos.

Jeremy la miró un segundo, preguntándose el por qué Harumi había hecho eso.

-Las chicas de hoy.- Comentó sin darle más importancia al asunto.

-¡Hey Jerry!- Exclamó Jatziri al finalizar las clases.

-Dime.- Contestó Jeremy con tranquilidad.

-Bueno, hoy hay una fiesta en casa de Fernando a eso de las 6. ¿Quieres ir?- Le sonrió con coquetería.

-Sólo si puedo llevar mi guitarra.- Sonrió y Jatziri rió un poco.

-Por supuesto que puedes.- Le guiñó un ojo. -Y lleva a alguien si quieres.- Se despidió con la mano y lo dejó ahí en la explanada.

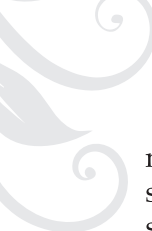
A Jeremy se le dibujó una sonrisa en el rostro, al recordar la imagen de una chica en especial. Se agarró el pecho y soltó un suspiro. Necesitaba encontrar a esa chica.

Caminó de nuevo por la escuela, buscando a Cielo. Necesitaba una oportunidad para enmendar el error de aquella mañana. Cualquiera cosa.

Giró el rostro en varias ocasiones, creyendo escuchar la voz de su sueño. En cada cabello negro, creía ver a Cielo, pero no, ninguna de ellas era Cielo. Quizá ella se habría ido ya, al fin y al cabo, ya no había nada que hacer en la escuela.

Suspiró resignado. Mañana sería otro día.

Salió de la escuela, mientras pateaba una piedrecilla, sólo para hacer algo. Ahora no tenía ganas de ir a la dichosa fiesta. Decidió caminar



más allá, decidió perderse, decidió soltar todas sus ilusiones mientras caminaba y el viento soplaba en su rostro.

No podía quitarse de la cabeza a aquella muchacha, no podía desde hacía ya dos días. Era tan hermosa, tan dulce, tenía una voz tan suave, tan cálida...

Alzó el rostro y vio, a lo lejos, una mata de cabello oscuro. Su corazón latió desbocadamente. La mujer se encontraba de espaldas, al parecer, con un teléfono en mano. Jeremy se acercó a ella poco a poco, con las manos sudorosas y, completamente nervioso.

Jeremy estiró el brazo hasta tocar el hombro de la chica. Hasta apenas rozarlo. La chica pegó un salto, asustada y giró el cuerpo para ver a Jeremy. Era ella, era Cielo.

-Jeremy, caramba, me asustaste.- Exclamó Cielo, con una mano en el corazón. -¿Cómo me encontraste?

-Dejando de buscarte.

-¿Disculpa?

-¿Te gustaría ir a una fiesta?

-¿Una fiesta?- La muchacha le sonrió, divertida.
-Ah, por supuesto, ¿es hoy?- Jeremy asintió levemente. -Excelente, ¿nos vemos en la escuela?

-Sí, paso por ti a las 6, ¿de acuerdo?- La chica rió un poco y asintió enérgicamente.

-Te veo al rato entonces.- Se despidió con la mano y siguió su camino.

Jeremy la observó hasta que se perdió de vista. La chica de su sueño acababa de aceptar salir con él.

¿Puedes imaginarte el sentimiento que eso provoca en nuestro Jeremy? Una emoción tan inmensamente grande y tan inmensamente indescriptible. Una alegría que era capaz de sobrepasar cualquier otra. Esas palabras de Cielo lo hicieron llegar al paraíso y conocer a los mismos ángeles... aunque, claro, Jeremy estaba seguro de que Cielo era uno de ellos.

Jeremy retomó el camino para su casa y le contó a su madre que saldría a una fiesta. Ella le sonrió feliz.

-¿Irás con una chica?- Le cuestionó su madre, mientras lo miraba con complicidad.

Jeremy se dijo que debía ser sincero con ella. Finalmente, algún día él tendría que enamorarse.



-Si, mamá. Llevaré a la chica más hermosa de la escuela.- Contó él, con el azul de sus ojos resplandeciendo de alegría.

-Cuéntame quién es ella.- Lo animó su madre, impaciente.

-Se llama Cielo y ella es...

Le contó todo, su sueño, sus anhelos, sus fracasos, sus sonrisas... su amor. Impresionantemente, su madre no hacía ningún gesto de desagrado, sino todo lo contrario. Escuchaba con atención a su hijo, sin dejar de sonreírle. Se veía contenta.

-Me da tanto gusto, hijo.- Le dijo su madre, en cuanto Jeremy terminó de relatar lo acontecido.

-¿En serio? ¿No te molesta?

-No. Tú eres un muchacho muy responsable y atento. Yo sé que de quien te enamores, podrás sacar más alegrías que tristezas. Confío en ti. Mi historia con tu padre siempre será mi historia. No tiene por qué repetirse contigo querido.- Le acarició la mejilla con suavidad.

-Gracias, mamá.- Le sonrió a su madre.

A las 6 en punto, Jeremy ya se encontraba parado en la escuela, para esperar a Cielo. Traía en el bolsillo del pantalón una cartera, en donde cargaba con el dinero suficiente para los pasajes.

Y traía en otro bolsillo, su celular, en caso de cualquier emergencia. Pero, en sus manos, traía un chocolate pequeño, a su gusto el mejor de todos.

Miró el reloj. Eran las 6:06. Aún no era tarde, seguramente se habría encontrado con un pequeño imprevisto.

Pero aún así, dolía.

-¡Jeremy!- Gritó Cielo, mientras corría hacia él. Traía un vestido violeta con holanes y unos zapatos sencillos, sin tacón. Lucía tan naturalmente bella. Jeremy jamás se hubiera podido imaginar tanta belleza en una sola mujer. -Lamento el retardo.

-¿Retardo? Pero si acabo de llegar, Cielo.- Mintió él, sonriéndole. -Anda, vamos.- Le ofreció su brazo, ella accedió. -Por cierto, hoy luces hermosa.- Le entregó el chocolate.

-Gracias.- Contestó la chica enigmática y le sonrió.

Tomaron un par de microbuses para llegar a la casa de Fernando. Pero, una vez en la calle en donde se encontraba esta misma, Jeremy se arrepintió de haber llevado a Cielo ahí: habían bastantes personas, tanto hombres como mujeres, fumando todo tipo de cosas e inhalando hasta lo que es imposible de creer.



-Será mejor que nos vayamos.- Opinó Jeremy.

-Sólo pasemos a ver cómo está todo adentro, si no te gusta, entonces salgamos.- Comentó ella, tomando su mano y entrelazando sus dedos.

Una corriente eléctrica recorrió todo el cuerpo de Jeremy, ocasionando que una oleada de felicidad lo invadiera y la confianza se apoderara de él. Asintió con la cabeza y cruzó la puerta de la casa del tal Fernando.

Había alrededor de siete parejas teniendo sexo, sin preocuparse de que alguien los viera. Mientras que otros 30 estaban besándose acaloradamente, esperando a que llegaran al momento perfecto para bajarse los pantalones.

-Bueno, creo que esto no era a lo que se refería John Lennon al decir “vivimos en un mundo en donde nos escondemos para hacer el amor, aunque la violencia se practique a plena luz del día.”- Comentó Cielo, un poco sonrojada.

- El amor no significa el deseo de penetrar a esa persona, el amor es algo más que lujuria; de hecho, el amor no es lujuria. El amor es el deseo de querer cuidar a esa persona sobre todas las cosas, es ver más allá del físico, es mirar el corazón de esa persona a través de sus ojos. El amor se demuestra de varias formas, no necesariamente teniendo sexo con ella, sino abrazándola, apoyándola, cobijándola,

escuchándola y teniendo fe, en que ella siempre será tu ángel, tu sueño. El amor es confiar plenamente en que el amor existe.

-¡Qué palabras tan hermosas!- Exclamó Cielo, asombrada. -Vámonos, entonces. Llévame a caminar, ¿quieres?

-A donde gustes Cielo. Pero salgamos de aquí.- Se dio la vuelta, decidido.

-¡Jeremy, viniste!- Exclamó Jatziri emocionada.

-Por supuesto que vine, pero ya me voy. No me agrada para nada este lugar, Jatziri.- Le respondió.

-Pero niño, ¿por qué te vas?- Jeremy la miró.

-¿Tan siquiera haz observado tu alrededor, Jatziri?- Le cuestionó Jeremy un poco más desesperado.

-Es una fiesta, Jerry. No es nada malo.

-¿No lo es? No es nada sano, eso es lo que no es. Lo lamento, pero yo me voy, no me agrada este ambiente.

-Creí que eso era lo que te agradaba.

-¿Ah, si?, ¿por qué?- Jeremy arrugó el ceño. - Pues no, no me gustan estas cosas. Se me hacen horriblemente terribles y asquerosas. Me largo.



Y así, Jeremy y Cielo salieron de la casa de Fernando, tomados de la mano.

Jeremy trataba de concentrarse en colocar el pie correcto en el suelo, para seguir avanzando como correctamente tenía que hacer, pero sus pensamientos únicamente se dirigían, como un imán bastante poderoso, a su mano izquierda, que tenía agarrada la mano de Cielo. Era como si todas sus energías se concentraran únicamente en esa zona, para evitar que ese contacto se terminara.

De repente, Jeremy sentía que había nacido para sentir ese tacto. Esa piel tan increíblemente suave. Tan delicada como el pétalo de una rosa, tan delicioso como el más bello perfume, tan perfecto como cada atardecer...

Caminaron en silencio por más de media hora. Sintiendo únicamente sus manos, reflejándose y comprendiéndose, con sólo el latir de sus corazones.

Jeremy no sabía qué era lo que tenía tan ocupada la mente de Cielo, sin embargo, le agradaba ese silencio.

De vez en cuando, Jeremy giraba un poco el rostro para admirar el perfil de Cielo. Tenía una nariz tan perfecta, tan dulce y unos labios tan dulces, tan tiernos. Realmente era una chica terriblemente adorable.

-A veces no sé si sentirme halagada o incómoda con las miradas de los hombres.- Comentó Cielo agachando el rostro.

-Oh, lo siento.- Se disculpó Jeremy, apenado.

-¿Qué? Oh, no, no lo digo por ti. Me agrada que me mires, es sólo que... cuando los coches pasan o cuando voy camino a la escuela, siento bastantes miradas en mí, como si yo fuera cualquier objeto de un museo. Aunque a veces no se conforman sólo con la mirada, tienen que lanzar unos piropos de tan malo gusto.

-Lamento tanto escuchar eso. Aunque, tienes razón, hoy en día, existen muy pocas personas capaces de respetar al prójimo.

Jeremy y Cielo llegaron a un parque.

Hora de imaginar: un parque grande, muy grande, bardeado en las orillas y un camino de cemento que te permite cruzar el parque. Justo en medio del parque, se encuentra un quiosco estilo medieval. Bastante romántico. A su alrededor, se encuentran varios niños jugando, mientras sus madres se encuentran sentadas en las banquetas de los alrededores. ¿No te parece un lugar hermoso para ir a caminar en tu primera cita?



-Pero no sabes lo hermoso que sentí al encontrar a un chico tan galante como tú.- Agregó Cielo, sonrojándose.

A Jeremy le había encantado esa acción. Se veía aún más tierna, más hermosa.

-¿Te parezco galante?- Jeremy le sonrió con coquetería y ella comenzó a reír, soltando la mano de Jeremy para cubrirse el rostro. -¿por qué lo hiciste?

-¿Hacer qué?

-Soltar mi mano. No lo hagas, que me siento perder si no la tengo.- Cielo lo miró con ternura y estiró su mano para que Jeremy la tomara. – Gracias, Cielo.

-A ti, Jeremy. ¿Puedo hacerte una pregunta?

-Claro que sí, la que gustes.

-¿Por qué hace 2 días, cuando me conociste, me preguntaste si yo te había soñado? Yo creí que se trataba de que eras demasiado ególatra, pero ya veo que no es así, entonces dime qué es.

-Bueno...- Jeremy sintió como se había sonrojado completamente. –La verdad es que... bueno... yo te soñé, te soñé el lunes.

-¿A mí?, ¿estás seguro?

-Completamente.- Jeremy se detuvo y tomó la otra mano de Cielo, para que ella quedara de frente a él. -Cielo, te soñé un día antes de conocerte. Justo cuando había sido rechazado por dos chicas. Justo cuando sentía que nadie me tomaría en serio, que nadie vería más que un rostro en mí. Pero te soñé y mis ilusiones nacieron. Y luego te conocí, te vi. Nunca podrás imaginar lo que sentí cuando te vi a mi lado, cuando vi esa mirada enigmática. Cuando miré esa nariz tan hermosamente alineada con tu rostro. Cuando miré ese cabello tan oscuro, tan profundo. Cielo, me enamoré de ti desde la primera vez que te vi. Y por ridículo que parezca, fue en mis sueños. Tú eres la mujer de mis sueños.

Cielo lo miraba con ternura. Jeremy ahora sí había actuado de una manera perfecta.

-Son las palabras más hermosas que nadie me ha dicho jamás, Jeremy. Y jamás creí llegar a ser algo tan grande para alguien, menos para alguien tan atento como tú. Y te lo agradezco de todo corazón.

-Entonces, Cielo, quiero proponerte... quiero pedirte que aceptes ser mi novia. Sé que es demasiado rápido, pero te juro que no puedo evitar preguntártelo.



-Oh, Jeremy. Haz sido un chico muy tierno, pero... no puedo aceptar. Lo lamento, no puedo hacerlo.

-Ah, está bien... quizá sea demasiado pronto. Tienes razón yo... lo siento.

-No, Jeremy, discúlpame tú a mí. De verdad quisiera darte otra respuesta.- Cielo sonaba sincera y mantenía una mirada de súplica.

-Entonces, ¿qué te detiene?

-Es algo que no puedo revelarte.

-¿Tienes novio, ya?

-No Jerry, no tengo novio.- Se apresuró a decir.
-De hecho, jamás lo he tenido, pero es que...

-¿Tus padres te lo han impedido?

-¿Eh? Ah... sí, es eso.- Cielo agachó el rostro con tristeza.

-Entonces, lo comprendo a la perfección. Quizá después.

-Quizá después.- Asintió Cielo.

Después de ese día, Jeremy se aseguró de proteger y amar a Cielo como ninguna otra persona lo haría. Se aprendió su horario,

procuró encontrarse con ella todas las tardes, para acompañarla a un tramo del camino a su casa y la hacía reír con uno que otro chiste.

Cielo aceptó todas las atenciones de Jeremy. Incluso, le llegó a confesar que a su lado todo era más hermoso. Que a su lado, ya no se sentía desprotegida, ya sabía que él la protegía de cualquier peligro.

Jeremy se sentía indudablemente feliz, era lo más bello que le habría podido pasar. Jeremy al fin se sentía completo, al fin sentía que ya nada le saldría mal. Y aunque Cielo no aceptara ser su novia, Jeremy, de alguna manera, sabía que Cielo lo amaba tanto como ella a él. Él lo sabía y lo sabía perfectamente bien. Y eso lo hacía aún más feliz.

En la escuela, sus amigos y profesores, habían notado un cambio drástico en Jeremy. Siempre había sido un chico aplicado y responsable, jamás habían tenido quejas de él, pero su comportamiento ahora era impecable. Todos se alegraban por él.

Todo le estaba saliendo bien al muchacho, ¿no crees?

Bueno, continuemos con la historia.



Jeremy pasó una semana y media así. En las nubes, enamorado profundamente de su Cielo.

-Hoy será un día diferente.- Se repetía cada mañana.

Hoy Jeremy cambiaría su vida. Jeremy se daría cuenta de una cosa, de hasta qué punto era capaz de hacer el cerebro para hacernos felices.

-Hola Cielo.- Saludó Jeremy al llegar a la escuela.

-Hola Jerry.- Contestó ella, sonriente. -¿Cómo amaneciste el día de hoy?- Cuestionó ladeando la cabeza, haciéndose ver aún más hermosa.

-Con la esperanza de volverte a ver.- Sonrió al responderle. -Gracias por existir, querida.

-Gracias por confiar en mí.

El profesor llegó y los enamorados tuvieron que cesar la plática, para prestar atención a la clase. Al término de esta, Cielo se levantó un poco más lenta que otras veces, se apretó el pecho, justo en donde estaba el corazón. Jeremy la miró un segundo antes de darse cuenta de lo sucedido: Cielo se encontraba un tanto pálida.

-¡Cielo! ¿Estás bien?- Preguntó Jeremy, acercándose a ella asustado.

Cielo no respondió. Tenía la mirada perdida y la boca entreabierta. Su piel estaba aún más blanca. Jeremy la abrazó instintivamente y ella comenzó a temblar entre sus brazos.

Jeremy no sabía cómo actuar, no sabía qué decir, no sabía cómo moverse, no sabía como ayudarla. Y eso le estresaba.

-Cielo, por favor, dime qué te ocurre. Dime qué sientes, te lo suplico.

-Me duele el corazón.- Se limitó a responder ella, con una voz apenas audible. -Me duele mucho, Jeremy.

-¿Y qué tengo qué hacer?- Cuestionó él, aún más preocupado.

Se separó de ella y le acomodó un mechón de cabello que se hallaba suelto. Ella alzó el rostro y Jeremy pudo ver el dolor que se reflejaba en sus ojos. Era como... era como si tuviera un hueco en el cuerpo, en el corazón. Su dolor reflejaba tanto que Jeremy comenzó a sentir un dolor profundo en el corazón.

-No me dejes, Jeremy, por favor, no me dejes.- Suplicó ella, tanto con la voz, como con los ojos.

-Jamás lo haría.- Volvió a abrazarla, con miedo.
-Jamás lo haría.- Repitió, acariciando su cabello.



Permanecieron así por varios minutos, por varios latidos. Por muchísimos latidos. Pero eso no importaba, Jeremy quería y estaba haciendo hasta lo imposible por tratar de calmar los temblores de la chica enigmática.

-Por favor, dime qué hacer, ¿te llevo al médico?

-¿Jeremy?- Cuestionó una profesora. -¿Qué haces?

-Lo lamento, profesora.- Se disculpó él, se separó de Cielo, la tomó de la mano y juntos salieron del aula.

Jeremy sintió la mirada de la profesora, todo el tiempo en su nuca.

Supo que si entraba a su clase, Cielo podría empeorar y quizá, nadie la atendería. Así que decidió quedarse con la chica de sus sueños.

-Ya, aquí estoy, bonita. Tú tranquila, pero respóndeme, por favor.- Insistió en cuando se sentaron en una de las jardineras del instituto.

Cielo seguía pálida y los temblores se hacían más fuertes. Su mirada ahora estaba vacía, estaba fuera de sí.

-Jerry...- Susurró ella, aún perdida.

-Aquí estoy, Cielo. Aquí estoy.

-Cuéntame sobre tu sueño, por favor.- Le suplicó ella y Jeremy asintió enérgicamente. Todo por complacer a Cielo.

-Estabas en un parque infantil, rodeada de niños, de mujeres, rodeada de felicidad. Traías puesto un vestido azul, floreado... te llegaba a las rodillas. Pero lo que más me atrajo de ti, fue tu sonrisa.- Cielo esbozó una pequeña sonrisa al oír ese dato. -Una sonrisa profundamente enigmática, al igual que tu mirada.

-¿Y cómo terminó tu sueño?

-Giraste el rostro y me miraste. Es lo único que recuerdo. Tu mirada posada en la mía. Una mirada franca, hermosa, enigmática...

-¿Y estás seguro de que era yo?

-Completamente, Cielo. Completamente. Aunque sólo te vi una vez, yo sé que me enamoré en cuanto te vi y sé que jamás olvidaré ese sueño. Cuando conocí al amor de mi vida.

Cielo dejó de temblar repentinamente y fijó sus ojos en los de Jeremy.

-¿Jamás dejarás de amarme, Jeremy?

-Jamás. Has sido lo más bello que ha llegado a mi vida y nunca perdería la oportunidad de sentir esto, aquí.- Se señaló el corazón. Cielo



acercó su mano al corazón de Jeremy y este latió desbocadamente. -Tú me haces sentir... me haces sentir viva, simplemente. Prométeme que siempre será así, Jeremy.

-Siempre te haré sentir viva. Y si por mí fuera, te lo prometería con un anillo en la mano.- La rodeó con los brazos y juntos miraron el cielo.

-¿Entonces deseas casarte?

-¿Contigo? Por supuesto.- La miró. Ella tenía una mirada un poco más renovada, como si las palabras de Jeremy hubieran bastado para cambiar la salud de Cielo. -Contigo haría cualquier cosa, hermosa.

Cielo lo miró con ternura.

-Realmente eres un caballero, Jeremy. Realmente me gustas mucho.- Recargó su cabeza en el hombro de Jeremy.

-Y yo te amo, Cielo. Creo que ya lo sabes.- Ella soltó una pequeña risilla como respuesta. -Me gusta que lo sepas, querida.

-Me lo demuestras a cada segundo. Es fantástico sentir que alguien te quiere.

-¿Y tus padres?- Cuestionó con interés.

-No tengo. No tengo familia.

-Entonces, ¿cómo es que sobrevives?, ¿sola?

-Nunca estoy sola, sé que te tengo a ti, Jerry.- Lo volteó a ver. -Gracias a ti sigo aquí. Sin ti no sé qué hubiera sido de mí.

-¿Lo dices por las 2 chicas que te rechazaron el día de tu sueño?- Jeremy asintió con una ligera sonrisa en los labios. -Quizá por eso me soñaste.

-¿A qué te refieres Cielo?

-Sí, a lo mejor tu desesperación fue la que creó aquel sueño.

-Prefiero llamarle destino.- Cielo volvió a reír. -Fue el destino el que me predijo que tú y yo estaríamos juntos. Justo como nos encontramos en este instante.- Guiñó un ojo.

-Si prefieres verlo así, está bien, te apoyaré en lo que gustes.

-Gracias Cielo.

Se quedaron mirando el cielo un largo tiempo. Fue un momento especialmente hermoso. El estar al lado de la persona que amas, mientras observas el cielo y escuchas su respiración, al compás de la tuya... qué romántico.

Jeremy escuchaba los suspiros de su compañera. Sabía que ella estaba feliz, al igual que él. Eso



era fantástico. Eso era perfecto para él. Saber que ella estaba feliz.

-¿Qué pasaría si esto no fuera real?- Preguntó Cielo, interrumpiendo el suave latir de sus corazones.

-¿Por qué no habría de ser real?

-Jeremy...- El aludido la miró. -Tú me diste vida.

-No tienes que repetirlo, me haces sentir miles de emociones al decir eso.

Cielo negó con la cabeza.

-No lo digo poéticamente, lo digo en serio, Jeremy.- Esto...- Miró el cielo. -Esto es demasiado irreal.

-Lo sé, sé lo que quieres decir, pero... es cierto, esto es real. Esto está ocurriendo.

Cielo volvió a negar con la cabeza y se levantó. Miró a Jeremy y extendió el brazo.

-Ven, vamos al baño.- Jeremy la miró con severidad. -Necesito mostrarte algo en el espejo.- Aclaró ella.

-¿En el espejo?, ¿por qué?

-Sólo ven, Jerry.- Jeremy asintió y tomó la mano de Cielo.

Se levantó y caminó al lado de su amada, confundido. No entendía el por qué la necesidad de hacerlo. Llegaron a un baño para hombres y Cielo empujó la puerta para pasar al largo pasillo de espejos. Jeremy no le quitó la mirada de encima, para él, ella seguía siendo adorable.

Cielo se plantó frente al espejo y susurró:

-Mírame.

-Ya lo estoy haciendo.

-Me refiero al espejo. Mírame en el espejo.- Ella cerró los ojos y tomó la mano de Jeremy.

Jeremy la miró un segundo más y después giró la mirada hacia el espejo. Ahí, respondiéndole la mirada, se encontraba un chico alto, de ojos profundamente azules y de un rostro perfecto. Era él. Sonrió satisfecho y buscó a Cielo en el espejo.

No había nadie más.

Jeremy volteó a ver a Cielo. Ella seguía con los ojos cerrados y apretando su mano. Giró de nuevo el rostro, esperando verla en el espejo.



-¿Por qué no puedo verte en el espejo?- Cuestionó Jerry.

-¿No se te ocurre una respuesta?

-No. A menos de que seas un vampiro, yo...

-No lo soy, Jeremy.- Respondió ella con una sonrisa en los labios. -No soy nada de eso.

-¿Entonces, qué ocurre?

-Soy parte de ti, Jerry.- Abrió los ojos. -Soy parte de tu imaginación.- Giró el rostro y lo miró a los ojos. -No soy real.

-¿Pero qué dices?

-¿No has notado que tú eres el único que me dirige la palabra en todo el instituto?

-¿Qué?

-Sólo soy parte de ti. Tú creación. Tu deseo por encontrar a la chica de tus sueños. Sólo soy un sueño, no soy de carne y hueso. Nunca lo fui...

-Cielo, esta no es una broma agradable. Nada agradable.- Jeremy soltó la mano de Cielo y la encaró.

-No lo es, Jeremy. Ni siquiera es una broma. Sólo recuerda un día de tu infancia, un día en que tus padres te mostraban un álbum fotográfico. ¿Recuerdas a tu madre cuando tenía tu edad?

Y claro que la recordaba. Ella era una mujer muy hermosa, de ojos oscuros, al igual que el cabello y una sonrisa profundamente... enigmática. Su padre le había dicho que conoció a su madre en un parque, en un parque rodeado de niños...

-No, eso no puede ser...- Alegó Jeremy, haciéndose para atrás, saliéndose del baño.

-Jeremy, si sigo aquí te vas a lastimar. Necesitas despertar, Jeremy.

-No. No es cierto, no es cierto, me niego a creerlo.

-Bésame, Jeremy. Bésame y compruébalo tú mismo.- Insistió ella, acercándose a él. Y sintió como si se estuviera besando él mismo en el espejo frío.

Jeremy se detuvo. Miró a Cielo, asustado y tomó su rostro entre sus manos. Se sentía cálido, se sentía suave. Cielo lo miró una última vez.

-Por favor, no cumplas tus promesas conmigo. Vive tu vida, sin mí, Jerry.- Susurró ella, con voz adolorida. -Te extrañaré.



Jeremy ignoró sus palabras, cerró los ojos y se acercó a ella para besarla, pero justo en el momento en el que debía sentir los labios de Cielo, sintió una brisa en su rostro. La lluvia lo empapó en cuestión de segundos.

Jeremy abrió los ojos y ya no vio a Cielo.

La buscó por todos lados, giró el rostro a todas direcciones y comenzó a correr desesperado.

No podía ser cierto... no podía ser cierto. ¿En dónde se había metido aquella mujer?

-¡Cielo!- Gritó desesperado.

Pero ella no regresaría. Tan siquiera no fuera de sus sueños.

Esta fue una historia, una historia que tu imaginación creó. Una historia que revela lo que nuestro subconsciente es capaz de crear para evitar que hagas una tontería. Es una historia que escribí, únicamente para hacerte ver que la esperanza realmente es grandiosa.

Y que nada de lo que ves es real.

O tan siquiera, nunca sabes cuándo lo es. No vaya a ser que todos vivimos en un mundo como el de Jeremy.

¿Cómo sabemos que Jeremy no es simplemente una realidad nuestra?, ¿o cómo sabemos que nosotros no somos obra de la imaginación de otra persona?, ¿cómo sabemos quiénes somos realmente?

¿Realmente existes? Y si tú no existes, ¿cómo es que yo existo?, ¿cómo es que la imaginación existe?, ¿cómo es que puedo hacerte ver esto, si ambos somos inexistentes?

Bueno... quizá nunca lo sabremos. Quizá nunca sepamos qué es lo real y qué es lo irreal....

Pero ojalá no caigas en la desesperación de Jeremy... o quizá sería un agradable viaje, conseguir tus sueños tan siquiera por una semana y media.

Aunque yo me conformaría con encontrar a mi Cielo, tan siquiera durante una hora.

Pero mi pregunta es: ¿te gusta imaginar?



Proyecto Almendra es un proyecto Infocab PB402313 de la Universidad Nacional Autónoma de México, tiene como finalidad la publicación de la ópera prima de estudiantes del Colegio de Ciencias y Humanidades

Un cielo en tu imaginación de Andrea Guerrero, que cuenta una historia de efímero amor, se terminó de imprimir el mes de octubre del año 2013 en la Ciudad de México. La edición consta de 1000 ejemplares y estuvo al cuidado del autor y del Departamento de Comunicación del CCH Naucalpan.



DIRECTORIO

UNAM

Dr. José Narro Robles
Rector

Dr. Eduardo Bárzana García
Secretario General

Ing. Leopoldo Silva Gutiérrez
Secretario Administrativo

Dr. Francisco José Trigo Tavera
Secretario de Desarrollo Institucional

M. C. Miguel Robles Bárcena
Secretario de Servicios a la
Comunidad

Lic. Luis Raúl González Pérez
Abogado General

Enrique Balp Díaz
Director General de Comunicación
Social

CCH

Lic. Lucía Laura Muñoz Corona
Directora General

CCH NAUCALPAN

Dr. Benjamín Barajas Sánchez
Director

Mtro. Keshava Quintanar Cano
Secretario General

Mtra. Ana María Córdova Islas
Secretaria Académica

Lic. Raúl Rafael Rodríguez Toledo
Secretario Administrativo

Mtra. Olivia Barrera Gutiérrez
Secretaria Docente

Mtro. Ciro Plata Monroy
Secretario de Servicios Estudiantiles

Biol. Guadalupe Mendiola Ruiz
Secretaria Técnica del SILADIN

Ing. Víctor Manuel Fabian Farías
Secretario de Cómputo y Apoyo al
Aprendizaje

C.P. Ma. Guadalupe Sánchez Chávez
Administración Escolar

Proyecto Almendra

Miguel Ángel Galván
Coordinador del proyecto

Nancy Mora Canchola
Édgar Mena

Alejandro Baca
Alejandro Espinoza Gaona

Consejo Editorial

Isaac Hernández
Arte y Diseño



INFOCAB



¿Te gusta imaginar? Es la pregunta que nos hace la narradora al final de este cuento. Es también la pregunta fundamental que, seguramente, alguna vez se respondió a sí misma Andrea. Imaginar y escribir. Si bien la primera es una condición que nos pertenece a todos (o casi), la segunda es una destreza que puede o no acompañarnos. Esta historia, de amor adolescente, nos propone ir más allá de nosotros mismos. El cielo, nos dice Andrea, está a nuestro alcance. Sólo hace falta imaginarlo.

Miguel Galván